PROMETEO

PROMETE NO VIVIR[1]

Andrés Madrid Escobar

FALLIDOS EDITORES

2017

[1] Incluido en el libro Pájaros afónicos y otros monólogos, publicado por Fallidos editores, Medellín, 2017.

A la entrada de la obra, como condición para entrar se le exige uno de los cordones de sus zapatos a cada espectador. En escena Prometeo semidesnudo con cicatrices en cadera y costilla, aferrado a los cordones de los zapatos de los espectadores. Al fondo una cantera de barro. Prometeo en el agua agoniza. Obra prohibida para quienes sufren de incontinencia.

PROMETEO. -

A de Agárico, menos pesado que mi dolor líquido. Agasajo de los dioses. Agavanzo silvestre, acá avanzo por el lago del dolor al padecimiento continuo. Agamí guardia silvestre de mis deseos frustrados y testigo del ave que me ha herido. Agace donde desemboca el río de mis tristezas, hágase en mí la voluntad del poder de turno. Agérato de tallos ramosos hechos de mi desconsuelo. Agible posible que me hace creer en la libertad absoluta. Agonizo. Hago lo posible por no vivir y no morir, estoy atado a la tierra. Agónico es mi cuerpo insomne. Agua. Agua Prometeo tiene sed de siglos y ustedes toman coca cola. Invocaré, estando vivo en los umbrales de la muerte durante siglos, la sonrisa innombrable del mar que se suspende en mis lloros mientras el viento de otros tiempos fluye como el río en la oscuridad del diluvio sin dejar de ser borrascoso su sendero etéreo en tierra de desterrados e insepultos ante los ojos del sol en primavera, que, ignorado por la tarde, enciende de esperanza la noche de locos y suicidas.

Se enreda en los cordones de los zapatos de los espectadores

Vean señores espectadores de mi tragedia atada al lapso crepitante de rústicas concepciones, sobre el hombre y su nada, la herida del ave que

a sus oídos gime y en sus vísceras infectas de guerra y olvido, su festín. Concebir una idea o un hijo es tan tormentoso para mí como imaginar la posibilidad de renuncia ante cadenas de hierro y crueldad; encadenamientos inquebrantables a los que ustedes les han atado descendientes de mi fuego, inmunes a mis gritos. Sordos quizá es la palabra, pero si se escucha de los presos sus gritos anónimos entre el canto de los grillos o entre el vaticinio de sus muertes, la mirada de los inocentes como un ejemplo de que Prometeo nunca ha muerto, les restregará la miseria humana como una enfermedad que se expande por calles de ciudad y pasillos de esparto. En los candados de las casas abandonadas, donde siglos después formo mi silueta ennegrecida en su origen, serán ustedes tan inmunes a mis gritos, como lo es el estado colombiano y la conciencia de los homicidas ante las frágiles voces de las víctimas.

Saca unas tijeras y amenaza con cortar los cordones, no lo hace.

Vean señores espectadores de la tragedia contemporánea a un dios pobre habitante de comuna obligado a sufrir por obra de los políticos que se creen dioses y por culpa de los mismos dioses de la guerra que se creen dictadores del mismo dolor que los ha engendrado. Vivimos un constante parto y son mis cadenas el mismo cordón umbilical de la sentencia final de los espíritus o incluso el mismo cordón que ata tus zapatos a tus pies y los pasos, al olvido. O el condón que no previene el embarazoso peligro de hallarse vivo ante las decisiones del poder de turno. Vean lo que Prometeo se ve obligado a sufrir por obra de dioses paganos.

Apagón

« ¡Ay de mí, ay!, que lloro por los males presentes habiéndolos presentido y por los males que me esperan entre quienes me han olvidado, como se olvida a un preso en cadena perpetua. O quien perpetua su condena atado a los siglos.

Los espectadores por orden de algún cómplice de Zeus, le lanzan a Prometeo pequeñas bolsas de agua confundidas con su llanto.

¿Después de qué pruebas de supervivencia o pruebas imposibles brillará para mí el día de la liberación de los espíritus, de los secuestrados de los desesos? Toda libertad es la inesperada transgresión, no de la quietud y su ocio, sino del desorden mental que es hallarse quieto y atado a la fiesta de los dioses.

Para entretenerme suelo contar las cadenas y las condenas que a mí se atan en un tinglado perpetuo. «Mas ¿qué digo? ¿Acaso no sé ya de antemano todo lo que me espera? Esperar una moneda en una calle sin transeúntes es esperar a que sea liberado un prometeico deseo, es contar los días en cautiverio y saberse libre por solo ver volar las peripecias sin deducir que son carroñeras las aves y las noches de mi cadáver expuesto. Ningún infortunio me vendrá que no haya previsto y que no haya sido ignorado por el poder que todo lo destruye.

Es preciso aceptar nuestra suerte con ánimo sereno y comprender que no puede lucharse contra la fuerza del Destino. Si luchara. Si cortara estos lazos, ustedes hablarían muy mal de mí y me demandarían por daño en cordones ajenos. ¿Es distinto que la suerte no nos acepte ni a nosotros ni a nuestros sueños atados al hambre y a la sed, al deseo de tenerlo todo y nada cuando se cree poseer la tierra o aun desterrados de nosotros mismos se cree poseer la esperanza de no vivir en las periferias del cosmos?

Y, no obstante, ni puedo hablar de mis desdichas ni puedo callarlas. Ni puedo cortar yo mismo el cordón umbilical. Pero el silencio de los otros ante mi

sufrimiento mudo; el alarido permanente de los que no han sufrido ni tanto ni menos que yo, pero su condición humana los ata a mis cadenas; el estado de sumisión desconcertante ante las ataduras y las cataduras del agrio desconsuelo que brindan los todopoderosos. Me atan. Me ato. Nos atamos. Nos ataremos a la misma ataúd.

Grande es mi desventura, pues por haber favorecido a los mortales gimo ahora abrumado bajo este suplicio. Y pudiendo vengarme y córtale los cordones de sus zapatos y someterlos a la burla de la calle andando ahora si temerosos con un zapato sin cordón, no puedo hacerlo. Por mucho que me esfuerce en hacerles ver la mentira arraigada entre la gente e intente desatar sus cordones que marchan por dónde van los mismos seres mimetizados y no suelen visitar con la lectura los caminos poco transitados del conocimiento, un día se llevaran la gran sorpresa de saberse viejos entre olvidos, ignorantes, sin deseos y ciegos atados el pasaje de los otros. Un día, en el hueco de una caña, me llevé mi botín, la chispa madre del fuego, robada por mí, y que se ha revelado entre los hombres como el maestro de todas las artes, un tesoro de inestimable valor. Y un día, en el hueco de una sepultura, las cenizas de aquello que no sabían ustedes y era sabido por muchos, sería la sabiduría salvadora que los humanos confunden con dinero y fama.

Ahora y para siempre Prometeo promete no vivir, estando muerto soy más un mortal que un dios del fuego y vivo tan míseramente como un animal o un humano cualquiera.

como si no le bastara con tener parte de los cordones, va puesto por puesto, desamarra sus cordones y ata un espectador a otro, mientras continúa diciendo:

Esta ha sido mi culpa y por esto me veo castigado así, clavado en esta roca bajo la inclemencia del Cielo. «¡Ah! ¡Ah!, ¿qué rumor, qué aroma divino ha llegado

hasta aquí? ¿Procede de un dios o de un hombre, o de uno que participa de ambos? ¿Vendrá acaso hasta esta roca, límite del mundo, a contemplar mis sufrimientos, o a qué vendrá? ¡Ah! Mirad a un dios encadenado y sujeto a todas las miserias. Soy el enemigo de Zeus, el que se ha atraído el odio de cuantos frecuentan su mansión, por haber amado demasiado a los hombres. «¡Ah! ¡Ah! ¿Qué rumor de aves oigo cerca de mí? Un suave batir de alas hace vibrar la brisa. Todo lo que se acerca me produce espanto

-¡Ay, ay! Raza de la fecunda Tetis, hijas del Océano, cuyo curso infatigable gira en torno de la vasta Tierra, miradme, contemplad las cadenas que me tienen clavado en el borde de este abrupto precipicio, en una guardia que nadie podría envidiar.

-¡Ah! Ojalá me hubiese precipitado en lo profundo de la Tierra, más abajo del acogedor de los muertos, en el impenetrable tártaro, sujetándome sin piedad con indestructibles cadenas, para que ningún dios ni ningún otro ser pudiera gozar con mis males; mientras que ahora, desdichado de mí, juguete de los vientos, estoy sufriendo para regocijo de mis enemigos.

Los espectadores por orden de algún cómplice de Zeus, le lanzan a Prometeo pequeñas bolsas de arena blanca, hasta sepultarlo en la cantera de barro.

-Escuchad ahora lo que os quiero decir: por más ultrajado que me vea entre estas terribles cadenas, llegará un día en que el señor de los bienaventurados tendrá necesidad de mí si quiere saber el nuevo designio que ha de despojarle de su cetro y de sus honores.

(Resuena un trueno horrísono; las rocas saltan en pedazos y PROMETEO queda sepultado en ellas.)

ANDRES MADRID

Estudiante de octavo semestre de la Licenciatura en artes escénicas de la Universidad de Antioquia. Hace teatro desde los ocho años de edad, fue zanquero hasta los catorce años; a raíz de un accidente en una comparsa jamás volvió a montarlos, pero jamás perdió la esperanza de volver a caminar; a los dos años siguientes volvió a hacerlo. Esta caída significó para él el inició de su carrera en las tablas en las cuales piensa permanecer. Ha publicado en Dramaturgia: **Juegos inofensivos para Mamá Luna** (2012) **La otra edad del niño** (2015) **Los pájaros afónicos y otros monólogos** (2017) **Los pájaros famélicos** (2018) **y cuatro obras de teatro infantil** (2021) En narrativa: *El corazón de la Secuoya* (2017) y *No soy como Adán* (2019) En poesía: *El libro de Alguien* (2016) y *Las trampas del dolor* (2020) También ha publicado las investigaciones teatrales*: Método químico alquímico de escritura dramática y Las ecuaciones de la guerra en los juegos dramáticos* el cual le mereció mención especial en el congreso mundial de especialistas en dramaturgia infantil. Entre otros reconocimientos, ha recibido el Premio Nacional de Cuento de la Escuela de Hábitat de la Universidad Nacional y ASMEDAS en 2009. Y en 2018 una de las Becas de Dramaturgia Teatral, en el marco del Programa Nacional de Estímulos (P.N.E) del Ministerio de Cultura de Colombia. Ha desarrollado los guiones: *Jaque a la dama* (corto de ficción) *Ojos de dulzaina* (documental) y *Aguacero,* (largometraje) Como director de teatro y cuentero ha participado en diferentes festivales y proyectos escénicos. Poemas suyos han sido traducidos al inglés. Obras suyas han sido llevadas a escena por grupos de Argentina, España, Republica dominicana y Ecuador. En Colombia no se tiene mucho registro de obras suyas llevadas a escena, la mayoría, equivalente a unos veinte textos dramáticos, permanecen sin montar.

Madrid Escobar Andrés, Prometeo Promete no vivir. Fallidos Editores, Medellín, 2017.